

La hora



25 Centimos

Soyubentis

Corsetería de la Real Casa

Primera casa en el corsé a la medida
Bordados, cintas y medias finas

== PRECIOS DE FÁBRICA ==

Manuel Gracia. - Coso, 9. - Zaragoza

OFICINA TÉCNICA

Heriberto Almela Navarro

Proyectos. - Presupuestos.
Medición de terrenos y
toda clase de trabajos re-
lacionados con el ramo de
construcción.



Puerta del Sol, 13, pral. dcha.

Teléfono M. 16-11.

MADRID

Anastasio Cuadrado Castillo

ESPECIALISTA
EN ENFERMEDADES
SECRETAS
Y PIEL



De once a una y de cinco a ocho

PRECIADOS, 33, PRAL.

MADRID

Anuncie usted

en

L A H O R A

El semanario
de moda



Examine usted nuestras
combinaciones de anuncios,
si quiere vender.

Alesanco

◆ Carretas, 6 ◆

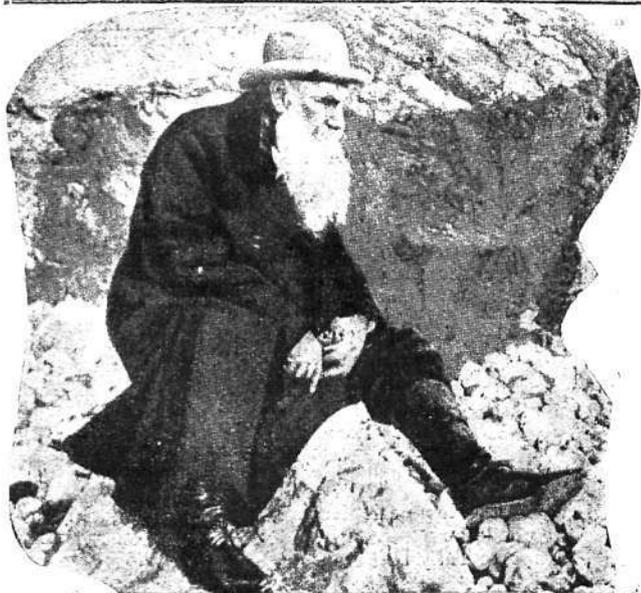
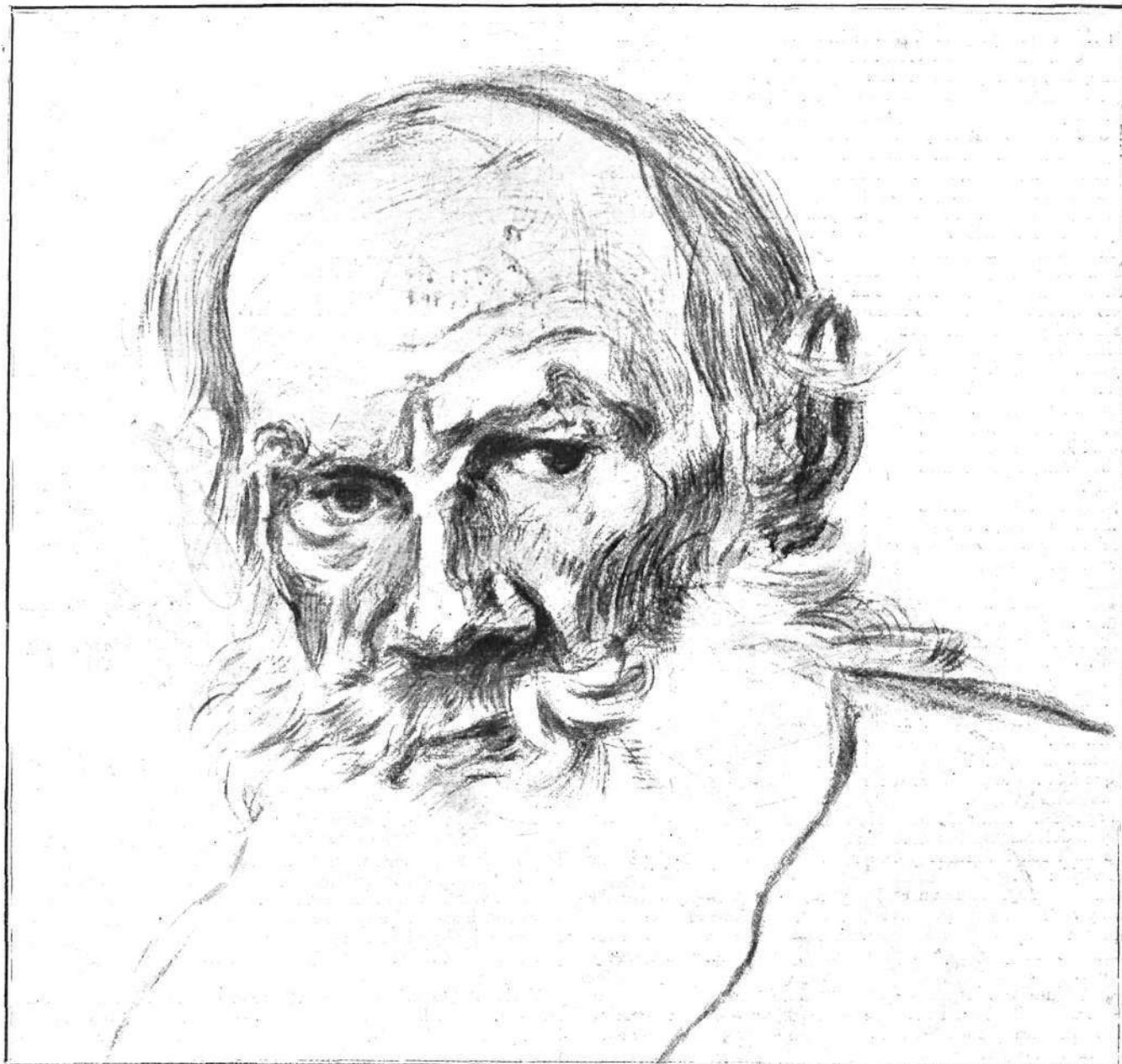
◆ Novedades
para señora

LA HORA

Dirección y Administración: Gran Vía, 18, y Caballero de Gracia, 17.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS ● ● ● MADRID

Gerente-fundador: MANUEL GRACIA



El undécimo aniversario de Tolstoi

ONCE años van transcurridos desde que el glorioso autor de *Resurrección* y *El poder de las tinieblas* rindió, como todo ser humano, su tributo a la muerte.

A partir de entonces se inició la revolución de su pueblo — tan soñada por él —, hasta llegar a la dictadura del *mujik*.

Hoy es más interesante que nunca la gigantesca figura del maestro, porque su espíritu se extiende sobre los revolucionarios, marcándoles la roja ruta de la liberación definitiva.

EL COCO DEL MUNICIPIO

(RIGUROSAMENTE HISTÓRICO)

A mi amigo A. L. B.

MI vida es una perpetua renovación de ambientes y de tipos. Confinado por mi crónica falta de dinero en este burgo de los gatos, en el que vi, no la luz primera, como suele decirse vulgarmente, sino todas las luces de mi vida, he visitado, sin embargo, muy distintos lugares y conocido a muy diversos seres. Por algo dijo el sabio que el que conoce a un hombre y el suelo que este pisa, conoce a toda la Humanidad y al Universo todo.

Palacios y zahurdas, restaurantes lujosos y cafetines malolientes, autos de andar vertiginoso y suave y simones de ambular quejumbroso, avenidas silenciosas y amplias del barrio del difunto marqués del salmantino título, con toda la elegante y severa frialdad de su aristocratismo, y bulliciosos recodos de las Cavas, con sus típicos paradores y el monorrítmo de su populachera y de su tráfico; todo lo he recorrido, todo lo he visto o lo he soñado, y para todas las cosas viejas y nuevas de este castillo famoso de mis días inacabables de hombre y de mis horas fugaces de chiquillo, he tenido una sonrisa, un gesto, un comentario... En cada calle me dejé una emoción. De cada calle recogí una enseñanza. Me sé a mi Madrid de cabo a rabo, como un lector impenitente se sabe de memoria el libro favorito.

Y, como es natural, en mis andanzas no podía faltar un mercado de Abastos. En él estuve no sé cuándo, y en él he conocido una figura de hombre verdaderamente inolvidable.

Era un viejecito todo blanco. Sus ojos azulencos, abultados, grandísimos, parecían pedir perdón por el delito de haber vivido tanto. Llevaba un gabán verdoso y anacrónico, que en los buenos tiempos de Bravo Murillo debió estar en buen uso.

Sus manos esqueléticas eran tan pulidas y blancas, que a la legua acusaban la elevada extracción de aquella ruina humana.

Se apoyaba en un rudo bastón, en uno de esos palitroques dolorosamente retorcidos que parece como si los hubiesen inventado para que se apoyen en ellos los pobres y los viejos.

Se hallaba sentado en un cajón vacío, rodeado de puestos de frutas y verduras, y sus pupilas lacrimosas, que miraban sin ver, giraban y giraban en todas direcciones, como si cumpliesen o se esforzaran por cumplir, con su girar estéril, algún deber perenne y doloroso.

— ¿Quién es ese infeliz? — pregunté a no sé quién.

— Es un vigilante del mercado — me dijeron —. Una persona fina. Un hombre que fué rico. Hoy, como usted ve, tiene cerca de los setenta años y está casi ciego.

— Pero ¿por qué no lo jubilan? — repliqué.

— Porque no tiene aún los necesarios años de servicios, y obligarle a abandonar su puesto, equivaldría a condenarle a ir a pedir limosna en la iglesia más próxima.

Yo me lo figuré, entonces, tal como le veía, sobre las gradillas de un templo: me pareció que sus manos exangües, alargadas para pedir limosna, harían un triste juego con aquellos ojos tan grandes

y tan tristes, y los míos, sin poder evitarlo, por achaques de mi sensibilidad enfermiza, se llenaron de lágrimas...

Han pasado unos meses. No sé por qué razón he vuelto al mercado. Es una mañana de sol, y éste, filtrándose por las altas vidrieras del destartado edificio, lo enjoece y lo ilumina todo.

En el personal administrativo de la plaza se ve inquietud y movimiento. El concejal de moda, el municpe de las izquierdas, fogoso, demoleedor y reformista; el que unas horas antes ha dicho en el Concejo verdades como casas, y en todas partes es temido por su moralidad y su rigor, ha sido nombrado inspector delegado de Abastos, y de un momento a otro hará su aparición en el mercado.

¿Qué va a pasar allí? No quiero ni pensarlo. Voy a salir para no verlo, cuando el concejal en cuestión aparece por la escalinata principal de la plaza, seguido de los principales empleados de la misma. Yo me quedo asombrado. El hombre pavoroso es un chico muy joven, un muchacho sin importancia, como se dice ahora, bajito, risueño, sencillote, insignificante de figura y de tipo. La frente es amplia y luminosa; pero como está lejos no se ve bien su frente.

Yo echo de menos el sombrero de copa, o, en su defecto, los dedos enjoados, o, por lo menos, el bastón de mando con sus pimpantes borlas.

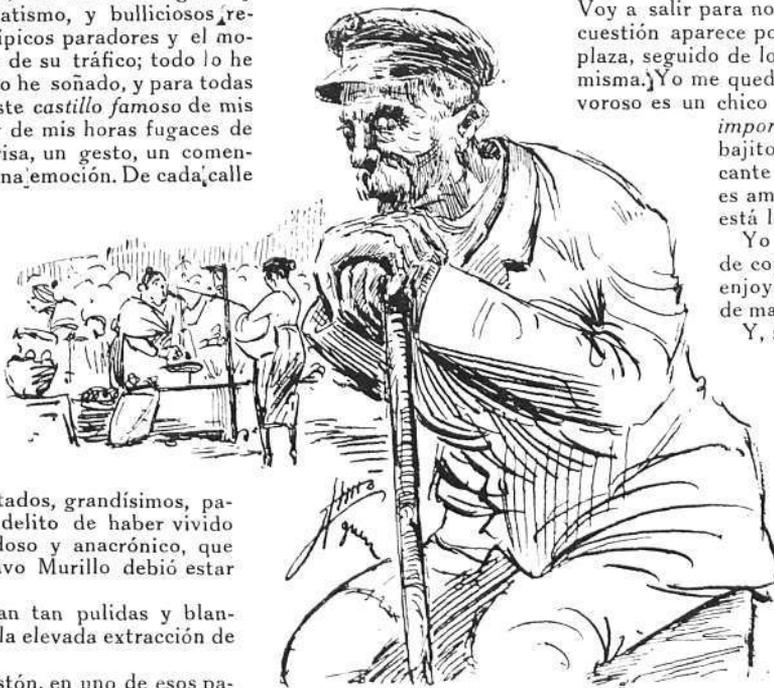
Y, sin embargo, no es posible dudar. El personal del mercado, en el que se ve de todo, vencidos de la vida, protegidos, parientes, todos ellos funcionarios dignísimos, y algún que otro artista fracasado, tiembla ante el nuevo jefe.

Y los ojos del nuevo jefe, azules como los del anciano, pero saturados del fuego de la vida, inquisitivos, implacables, lo van mirando todo, requisiándolo todo, señalando defectos, apuntando reformas... Y el viejo celador, pálido como el mármol, cuadrado, tieso, inmóvil, dice para sí en tanto:

«Esta visita es para mí la muerte. La cesantía inmediata, la miseria y el hambre. Porque no cabe duda que apenas este hombre severo e integérrimo se acerque y me contemple, mi expediente por inutilidad física es cosa irremediable.»

Varios meses más tarde volví por el mercado. Ya no estaba el anciano. «O se ha muerto del susto — pensé yo —, o el concejal le ha puesto en la calle.» Pregunté con temor. Lo que me contestaron me produjo hondo júbilo; pero, a decir verdad, todavía mayor que mi júbilo fué mi estupefacción. El concejal ordenó al vigilante que no viniera al mercado más que una vez al mes... para cobrar la paga.

Desde entonces, cada vez que oigo hablar de un hombre riguroso, rectilíneo, feroz..., sonrío satisfecho; porque, no cabe duda: detrás de esos ciudadanos terribles, de esos caracteres severos..., suele haber casi siempre un corazón de oro. — JAVIER DE BURGOS.



Lances de honor: dos "bravos"

SURGIÓ la cuestión, seguida de su cortejo de padrinos y médicos. Se concertó el lance, y, tras varias reuniones, se fijó la hora para dejar zanjada honrosamente la cuestión pendiente entre los conocidos señores Tal y Tal.

En amplio salón de un popular diario madrileño se reunieron cierto día los combatientes, sus padrinos, el juez de campo y el consabido par de médicos.

Sacados los sables de sus fundas, desinfectados cuidadosamente, sorteado y medido el terreno, empezaron los duelistas a desnudarse cachazudamente.

Primero se quitan la chaqueta, que doblan y colocan con cariño sobre una silla; luego desabrochan los cinco botones del chaleco, y lo ponen sobre la chaqueta; más tarde, los tirantes caen sobre el

final de la espalda. Se recogen las mangas de la camisa, dejando al descubierto unos nerviosos y peludos brazos. Empuñan las mortíferas armas, y... dice un padrino al oído de su representado:

— Fulano, te has debido traer cuello duro, pues, con él, si te dan algún sablazo, podía reservarte algo la tráquea; y así, con camisa de dormir, llevas el cuello muy al descubierto.

Le miró fijamente el duelista, se palpó la nuez, y alzando la voz, dijo con tono lastimero:

— Pero ¿vamos a tirarnos al cuello?

* * *

Al día siguiente, los periódicos publicaban una noticia que decía: «Ayer quedó honrosamente zanjada la cuestión pendiente entre D. Fulano de Tal y D. Perengano de Tal.»

ALONSO QUIJANO.

LAS DAMAS DE LA CRUZ ROJA



Damas aristocráticas que, presididas por S. M. la Reina D.^a Victoria, componen la patriótica Junta de la Cruz Roja, que tan eminentes servicios está prestando en la actual campaña.

EL PINTOR VILLEGAS

A los setenta y siete años de una vida ejemplar, honra de su patria y del arte, ha muerto en Madrid el ilustre pintor D. José Villegas.

El insigne artista nació en Sevilla y fué discípulo de José Romero y Eduardo Cano. Su primer cuadro, *Colón en la Rábida*, fué adquirido por los duques de Montpensier. Convivió en Roma, en 1867, con Fortuny y Rosales. Sus mejores cuadros, adquiridos a elevadísimos precios, fueron: *Un bautizo en Sevilla* (le compró Vanderblit en 150 000 pesetas), *El sueño de Achis*, *El triunfo de la dogaresa*, *La muerte del torero* y *El decálogo*. Descanse en paz el maestro glorioso.



Último retrato del maestro, hecho en su despacho.

(Fots. Vidal.)

UNA GRAN INJUSTICIA POR NUESTROS MARINOS

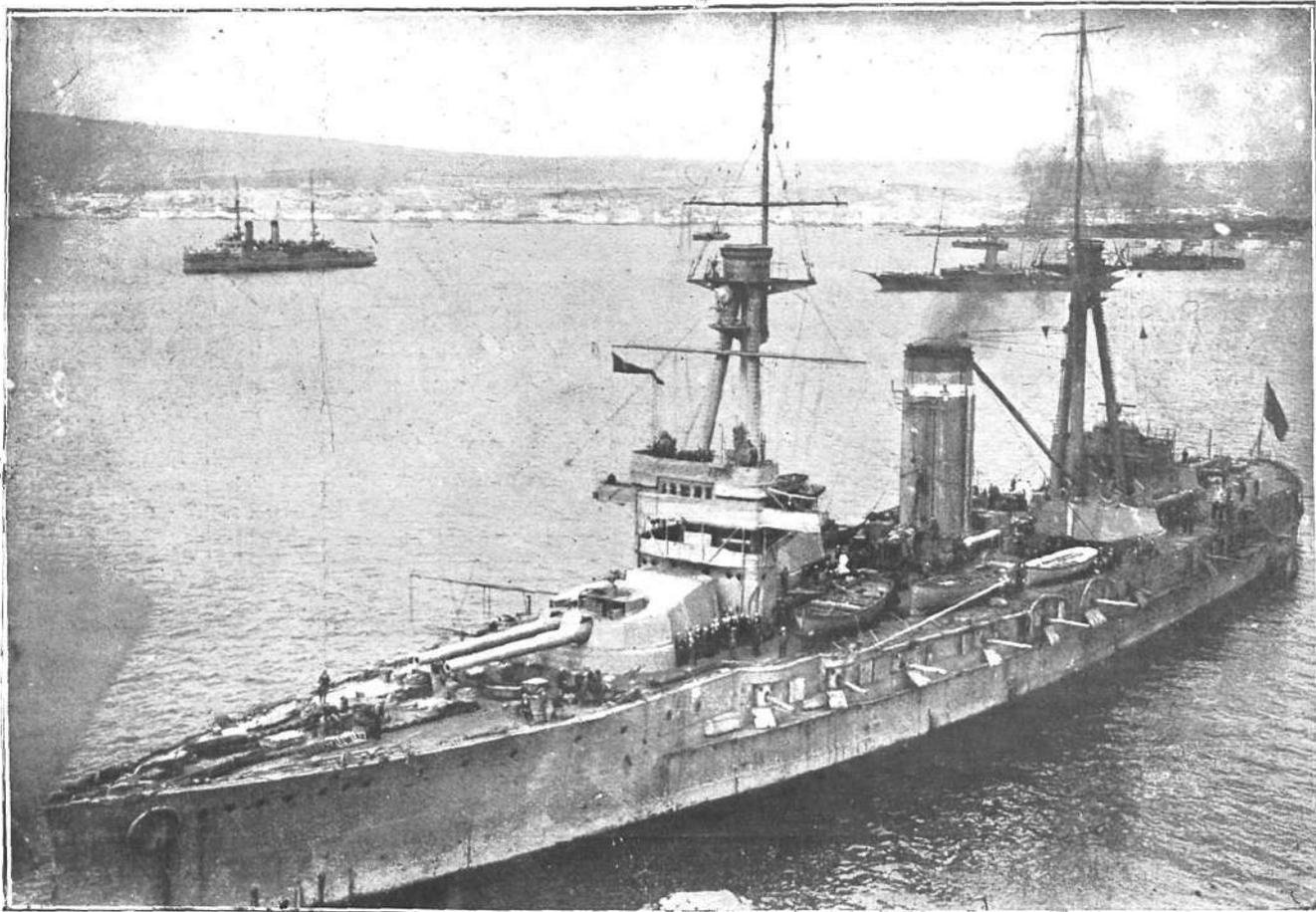
DESDE que acontecieron en África los tristes sucesos del mes de julio, nuestra gloriosa marina de guerra viene cooperando con gran eficacia a las operaciones que se están realizando.

Mientras las tropas del ejército maniobraron en la costa, los buques de la escuadra cubrieron el flanco izquierdo de aquéllas. Más tarde, prestaron los buques de guerra una ayuda eficaz en los combates sostenidos en Gomara, amparando con sus certeros disparos el convoy a Tiguisas, y distinguiéndose notablemente en la protección al avance de la columna mandada por el general Marzo. Anteriormente ya habían prestado valiosísimos servicios, resaltando, entre ellos, la evacuación de Sidi-Dris.

Un ilustre marino, el vicealmirante D. Juan Bautista Aznar, que ya acreditó su valor en el combate de Santiago de Cuba, es el que desempeña el alto mando de la escuadra. Arbola su insignia en el acorazado *Alfonso XIII*, y a sus órdenes han cooperado eficazmente al avance del ejército de tierra el acorazado *España*, los cruceros *Princesa de Asturias* y *Cataluña*, los cañoneros *Bonifaz*, *Lauria* y *Laya*, el aviso *Giralda*, el contratorpedero *Bustamante* y las gasolineras. Las dotaciones de estos buques han rivalizado en arrojo y valentía, exponiéndose a ser blanco de los fusiles y cañones de los moros; sufriendo con abnegación los fuertes temporales que con tanta frecuencia se suceden en África, y afrontando los peligros de la navegación en aquellas costas. La Marina contribuye con su sacrificio

a lavar la afrenta recibida en mala hora, y son varios ya los que sucumbieron víctimas de este sagrado deber.

Los españoles no saben o no han querido corresponder a la brillante labor que realizan aquellos héroes, que comparten los horrores de la guerra con sus hermanos los del ejército. Soldados son unos y otros de nuestra sufrida Patria; pero, por ignorancia o negligencia, unos son más preferidos que los otros.



Todos los obsequios, todos los recuerdos que se envían a África, van destinados a nuestros soldados del ejército. Pocos, muy pocos españoles son los que han dedicado un cariñoso recuerdo a los marinos, que también exponen su vida en honor de la Patria. El diputado Sr. Lazaga, el ilustre escritor Sr. Casanova y algún otro que sentimos no recordar, son los únicos que han pensado que también a los marinos que operan en África les tiene que halagar la seguridad de que en esta parte del Estrecho se admira la realización de los actos que llevan a cabo en la misión que les está encomendada.

Mucho celebraríamos que se rectificase este proceder, y que estas mal hilvanadas líneas contribuyeran a que los españoles nos diésemos cuenta de que los hombres que pelean a las órdenes del ilustre general Aznar también son soldados de España a quienes se les tiene confiada una alta misión, y necesitan, por tanto, del cariño y del recuerdo de los que confiamos en una cercana victoria merced al reconocido valor de nuestros soldados de mar y tierra. — TEROLL.

LA HORA PARLAMENTARIA



EL PAÍS, AUSENTE. — ¡MI HOMBRE!

VED cómo se arrastraba el debate de Marruecos. De orador en orador, de pase en pase, de matiz en matiz. Al país, insensible, frío, apático, sin alma, iba llegando la sensación de algo doloroso, cruel, brutal, más, mucho más cruel que la incisión de florete cerca del corazón de que habló Maura en su fúnebre discurso, lacrimoso, exento de sus antiguas arrogancias.

Solano, diputado toledano, que dice las verdades sin eufemismos, trazó rudamente uno de los instantes del desplome de la Comandancia general de Melilla, con sus 25.000 hombres, con todo el material de guerra, con todo su prestigio. Olía a muerto; se sentían las palpitations de la carne española agonizante oyendo las descripciones del diputado rural.

Bastos, gran narrador, nos tradujo muchas facetas de la sangrienta película.

Martínez Campos, nieto del héroe en cien combates, tan bravo militar como valeroso parlamentario, señaló las deficiencias del Ejército, culpó de ellas a esas Juntas de Defensa que dicen no se... juntan nunca.

Y después, el marqués de Olérdola pidiendo que el Gobierno hablase claro del problema marroquí y contando a la Cámara los medios que emplea el señor Cambó para ser ministro.

Companys, hablando en nombre de los obreros para pedir el abandono de Marruecos, regado por ríos de sangre española.

Canáls, arremetiendo contra su antiguo jefe, el señor Maura. Y como corolario de toda esta batuda, que sin programa ni medida relatava hechos punibles sin encontrar remedios adecuados, la voz campanuda, molesta, inaguantable de La Cierva, orador que no ha salido del aprendizaje propio de la Alcaldía de Mula, repitiendo invariablemente: «Patrio... ¡tismo!, mucho patrio... ¡tismo! Aquellos 3.000 cadá... ¡veres! de Monte Arruit exigen patrio... ¡tismo!»

Asemejábase el debate a la representación de una tragedia encomendada a segundas partes, terminada, no con la alegre jota murciana, sino con una canción vasca interpretada por un sochantre murciano jubilado con el máximum del sueldo regulador.

* * *

El debate adquirió tonos grises, rosáceos. La sangre roja que nos mostraron se diluía en un mar de indiferencia que, comenzando en el hemicielo del Congreso, llegaba hasta el arroyo sin conmovir a los transeúntes... ¡Si hubiera sido la canción de ¡Mi hombre!, que entonan con alarmante cadencia muchos señores de sexo al parecer bien definido!...

Actuaron las primeras partes. Político avisado y parlamentario hábil, el conde de Romanones, por medio de una proposición, pidió al Gobierno que dijera su opinión acerca del problema marroquí.

Negóse al principio Maura, esclavo hoy de la política de las vacilaciones. Dudó después. Accedió luego. Fué su discurso una oración fúnebre que ponía miedos en el corazón, como el guantazo rifeño puso ver-

güenzas en las caras de los hombres escasos que quedan en España.

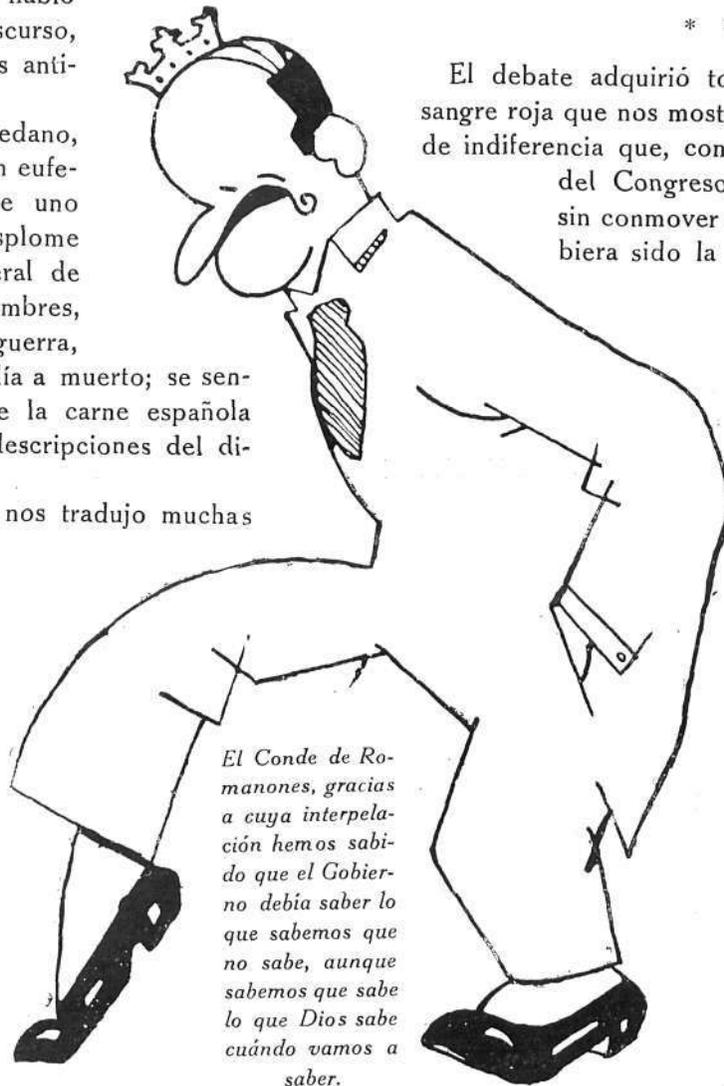
Y Romanones contestó con otra proposición-programa para el presente y para el porvenir.

Y en esto estamos.

No pregunten por el país. Estuvo y está ausente del debate. No le preocupó, ni le preocupa, ni le preocupará.

Canta ¡Mi hombre! incesantemente, porque lo necesita, por haberse declarado hembra asustadiza y mimosa. ¡Quiere un hombre!...

¡Que salga!... ¡Que se lo den!... — RAFAEL MESA DE LA PEÑA.



El Conde de Romanones, gracias a cuya interpelación hemos sabido que el Gobierno debía saber lo que sabemos que no sabe, aunque sabemos que sabe lo que Dios sabe cuándo vamos a saber.

LA HORA SOCIETARIA



ANIDO AÑORA EL SINDICALISMO



AYER

MARTÍNEZ Anido, el gobernador enérgico y autoritario, está en su despacho y rodéanle varias personas que le escuchan atónitas y admiradas. Con el ceño fruncido, los ojos chispeantes y el dedo pulgar extendido, dicta órdenes:

— Usted, jefe de Policía, combata sin piedad a los sindicalistas. En cuanto oiga uno que elogia a los Sindicatos, lo mete en la cárcel...

Uno de los presentes arguye con timidez:

— Vea, señor gobernador, que Sindicatos son los Colegios de Abogados, y...

— Nada; el mundo es pequeño; todo cabe dentro de mis puños. No es legal más que lo que yo pienso. Usted, director de la cárcel, ¿cuántos caben en el edificio?

— Tres mil, excelencia.

— Habrá que pedir que se ensanche; arbitraremos dinero para ello. Usted, jefe del Somatén, ¿cuántos disparos hicieron ustedes anoche?

— Setecientos en una hora. ¡Y porque se nos agotaron las municiones!

— Ahora mismo pondrá mi secretario un telegrama urgente a las fábricas de armas pidiéndolas. ¡Brrr! Usted, administrador del castillo de la Mola, prepare hasta las habitaciones particulares para celdas de castigo. Yo me vuelvo loco; esto se ha de terminar; aquí no manda nadie más que yo... ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dicen por ahí? ¿Que las ideas no mueren? No mueren, es verdad; pero se las asesina. Yo he de concluir con el sindicalismo. ¡Pues no faltaba más!

HOY

El Sr. Martínez Anido, pensativo y cabizbajo, hunde la testa rapada entre sus brazos cortos. Delante de sí tiene una montaña de telegramas, en los que se le felicita por haber extirpado el sindicalismo en la ciudad condal. Sin embargo, en su gesto duro hay un rictus de amargura.

A la derecha de él, alineados y



respetuosos, hay unos señores que miran al vacío. El gobernador monologúa:

— ¿Es decir, que no puedo con los gremios? Todos mis esfuerzos son inútiles y baldíos. La carne sube de precio cada día; los huevos y el pescado se venden podridos. Las farmacias dan las pócimas preparadas con agua infecta, y donde tienen que poner un veneno ponen un reactivo. El algodón se presenta en las tiendas como si fuera seda. Las fábricas de alumbrado no dan apenas flúido. Los patronos conciertan con los Sindicatos católicos unas bases de trabajo parecidas a las que se usaron en el canal de Panamá. ¿No puede hallarse término a esta orgía de concupiscencias, a esta pugna de bandoleros? ¡Contésteme!

La fila de señores que le escucha mueve a una la cabeza, negativamente.

— ¡No hay remedio! — suspiran.

— Ni con multas, ni con embargos, ni encerrándolos en la cárcel; con nada se les vence. Yo, honradamente, quería moralizar Barcelona. Alejé el peligro sindicalista. Desvaneció el efecto, y ahora iba a la causa. ¡Pueden más que yo! ¡Saben más que yo!

Me han enseñado que es posible matar las ideas, pero no es factible ni siquiera herir a los intereses. Se han unido para burlarse de mí; de mí, que les libré de los Sindicatos... Me devorarán, harán que pierda mi prestigio.

— ¡No hay remedio! — murmuró el coro.

MAÑANA

El Sr. Martínez Anido, sentado en un amplio sillón y fumando un veguero, sonríe enigmático y brujo.

— ¡Ah! — exclama —. ¡Puede que tenga ya la solución! Vamos a ver. El credo sindicalista es el odio al burgués. Convergamos en que yo tengo ya motivos para odiar también a estos comerciantes que hacen la vida imposible en Barcelona, encareciendo los artículos, robando en el peso, adulterando la calidad. ¡Bien! Además, yo no puedo con los burgueses, y en cambio, aquellos... ¡Si, hecho! Será cuestión de traer otra vez a los sindicalistas. — A. Cases.

LOS VUELOS DE DON JUAN



Último retrato del bizarro ministro momentos antes de elevarse.

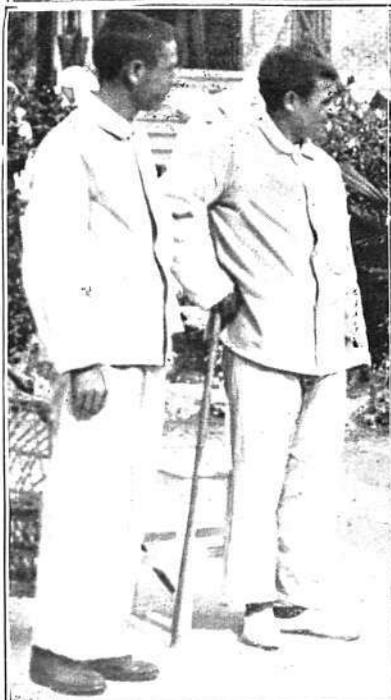
(Fotografía obtenida en la última verbena.)

NOTAS GRÁFICAS DE LA GUERRA



Moros de la jarca amiga de Mazuza que vestidos con uniformes de la Policía indígena, formaron en nuestra vanguardia en la ocupación de Taxuda.

S. M. la Reina D.^a Victoria visitando a los heridos de la guerra en el hospital de San José y Santa Adela.



Heridos hospitalizados en la clínica de San José y Santa Adela.



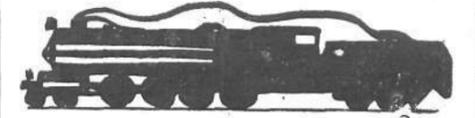
OCUPACIÓN DE TAXUDA. — Soldados de Policía indígena disparando sobre los pacos que agredieron a la columna Riquelme al descender hacia Taxuda.

(Fots. Vidal.)



La Infanta D.^a Luisa y el general Cavalcanti en el zoco del Had de Benisicar.

LA HORA FERROVIARIA ¡60 minutos de parada... y huelga!



EL S. del T. de C., indignadísimo con la C. de M. Z. A. por la actitud de ésta frente a las huelgas de los talleres de C. R. y C., ha acordado — no sabemos si con el beneplácito de la U. G. de T., de la S. G. del T. de la J. D. de la C. del P. — realizar un plante de una hora por todo el elemento organizado de dicha Compañía en un día que se fijará y se

comunicará secretamente a cada delegado.

Se llevará a cabo el plante sin abandonar las estaciones, los talleres, los trenes, las máquinas ni los tajos de trabajo en toda la línea de M. Z. A., permaneciendo de brazos caídos todo el personal, es decir, no haciendo nada de

trabajo ni servicio durante una hora, que se determinará.

Los trenes no se pararán en el trayecto, sino en la primera estación a que lleguen después de la hora que se determine, y se detendrán sesenta minutos más de la hora asignada de parada en aquella primera estación. Los trenes militares, hospitales de enfermos y heridos quedan exceptuados del plante.

El objeto de la protesta con este plante de una hora, y en caso de ser necesario otro plante más persistente en duración, es por conseguir lo siguiente:

Readmisión de todos los obreros de los talleres del depósito de Córdoba en sus puestos y derechos, y del de Ciudad Real en la plaza de telefonista del depósito o cargo análogo.

Abono de todos los jornales perdidos por los obreros de Córdoba y Ciudad Real.

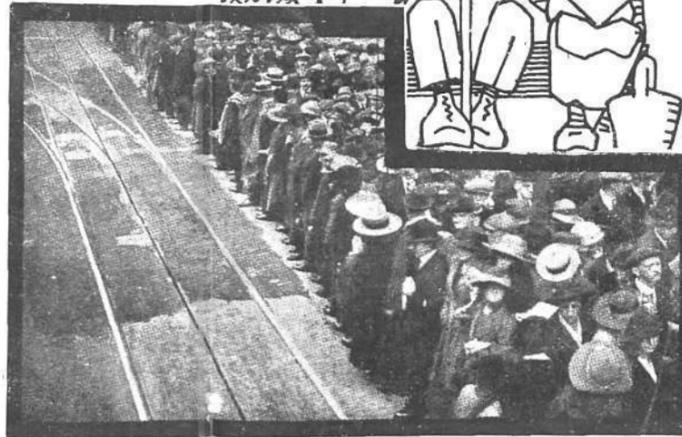
Despido absoluto de los esquiroleros y traslado de los tres obreros de Córdoba y uno de Ciudad Real motivo de la provocación y del conflicto.

Ya tenemos, pues, otro conflicto en puertas. Aquel que viaje para dar el último abrazo al padre agonizante, o simplemente el hombre de negocios para quien represente esa hora una fortuna, habrán de resignarse y permanecer de brazos cruzados con los huelguistas,

mientras el viejo Cronos se ríe en las alturas de la simpleza humana.

A nosotros — mirado el caso serenamente — antójase nos pueril esa huelga. Una hora de retraso en los trenes... Valiente cosa. Con ir a cualquier esta-

AVISO
Además del retraso reglamentario, los trenes llevarán hoy una hora más



ción a la hora de llegada — a la hora en que debe tener la llegada — de cualquier tren, basta para convencerse de la puerilidad de ese plante. Ni uno solo llega a su hora. Ni uno. Los hay que traen sus ocho horitas de retraso. Vean, pues, los ferroviarios huelguistas, que su acuerdo va a carecer de eficacia.

Antes, en época normal, tal vez hubiese significado un trastorno esa hora de retraso. Hoy ya no, porque las Compañías — las malas Compañías — se han anticipado.

Nos agradaría mucho encontrarnos durante esa hora en una estación cuyo nombre llamamos discretamente. Su jefe, una buena persona, ha delegado su trabajo, hace muchísimo tiempo, en un factor, y él no hace otra cosa que jugar al mus con el cantinero y un telegrafista. Cuando suena la hora trágica y, poniéndose ante él, un ferroviario huelguista le conmine a permanecer inmóvil una hora, ¿qué perjuicio va a lamentar la Compañía?

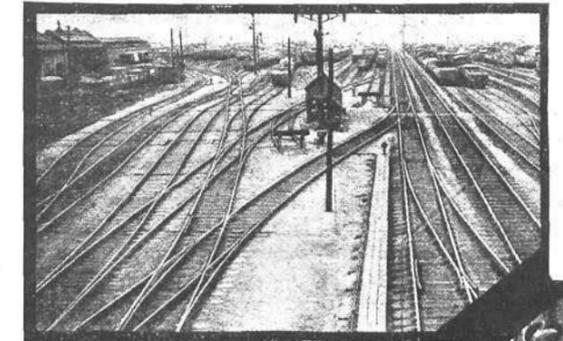
Si acaso, si acaso, el mus será el perjudicado. Ocurrirán casos en extremo pintorescos.

Supongamos que una máquina está acabando

A partir del día 2 de enero de 1922, aparecerá en Madrid un periódico diario editado por la Empresa de LA HORA

Supongamos que una máquina está acabando

de «tomar agua» en cualquier estación cuando suene la hora de la huelga. Como el acuerdo es severísimo, el maquinista y el fogonero permanecerán de brazos cruzados durante sesenta minutos. Pongamos que tarda tres en llenarse el depósito, y, por tanto, durante cincuenta y siete rebosará el agua del depósito al suelo. El caño arroja



unos cincuenta litros por minuto, de donde, multiplicándolos por cincuenta y siete, dan ¡dos mil ochocientos cincuenta litros!, suficientes para ahogar al fogonero, al maquinista y hasta a los que se pasean por el andén.

Menos mal que será una huelga pacífica. Si; porque los guardaaguas, duante sesenta minutos, no podrán «salirse de sus casillas».

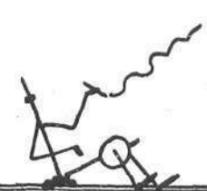
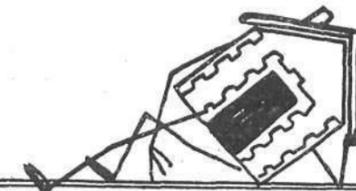
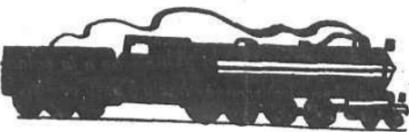
¿Cómo van a quedar en ridículo esos mozos que chillan: «¡Valdeceporroos..., un minuto!»

Sesenta, galanes, sesenta.

Lo dicho, ferroviarios amigos.

No habéis tenido un gran acierto ni una gran originalidad en el planteamiento de esa huelga. Una hora de retraso — de imaginario retraso — no significa nada para los españoles. Estamos hechos a esperar, desde esta espera lenta y constante por el saneamiento de las casas, por el abaratamiento de las subsistencias, hasta la trágica espera de los abandonados de Monte Arruit.

Ese es nuestro sino: esperar. Y a quien lleva esperando cinco siglos, ¿qué le puede importar esperar sesenta minutos más?



LA HORA PERIODÍSTICA



UNA LANZA POR MOYRÓN

Don Modesto Moyrón, periodista, tiene setenta y cinco años de edad, y lleva cincuenta largos ejerciendo este brutal, atosigante, mal pagado y heroico oficio.

Moyrón ha trabajado con los dos periodistas españoles de catadura más algarera y temperamental: con Paúl y Angulo, y con este servidor de ustedes. ¡Buen capicúa! Estuvo en la cárcel perseguido por Prim, y cuando a mí me metió en chirona D. Juan de la Cierva, Moyrón acudió a mi casa con sus pasos ya temblones de anciano, y fué uno de los pocos compañeros que asistieron a mi María Santísima en aquel pequeño Gólgota...

Don Modesto pertenece a la Asociación de la Prensa desde hace yo no sé cuántos años. Parece natural que se le jubilase con honores y dádivas. Si la Asociación no sirve para cobijar a nuestros ancianos, ¿qué utilidad es la suya?

Pues bien: anda en aprobarse no sé qué articulillo del reglamento que nos rige, en virtud del cual Moyrón tendrá que seguir pagando sus buenas dos pesetas mensuales, pero carecerá de asistencia facultativa y farmacéutica y de toda índole. ¡Vaya un chasco!

¿Eh? ¿No es donoso esto? Tómese usted la pena de vivir setenta y cinco añazos del ala, haya usted escrito en los periódicos de Paúl y Angulo, pertenezca usted a la generación de los viejos republicanos combatientes, hágase anciano sin haber conseguido ahorrar cien mil pajoleras rodajas de metal, y reciba usted como premio una puntera en el traspontín.

Maestro Francos: bien sé yo que usted, tan bueno, tan liberal, tan comprensivo, tan alto, es ajeno a la modificación reglamentaria que se proyecta. Usted desconoce el caso Moyrón. Son esa pe-

queña caterva de periodistas crasos, conservadores, chupacielos, burguesotes, sin airon, sin prosapia, sin garbo, que se están apoderando del oficio, los autores de ese rucianicidio burdo. Usted, más que presidirnos nos decora, nos enaltece. Son otros, aspirantes a cacicuelos, los que se están pasando la vida en una labor infecunda, tratando de convertir la Asociación de la Prensa en una covachuela de mediocres. Yo, empero, maestro querido, le ruego mire este asunto relativo a D. Modesto Moyrón, y ponga sobre él su pia mano de atlante victorioso.

Se lo suplica quien todavía — y lo diga en buena hora — no ha sacado de la Asociación ni un socorro en metálico, ni una receta, ni la visita de un médico; quien paga, de vez en vez, quince o veinte recibos atrasados para esto, para tener, cuando sea viejo y no pueda arrancarle a la vida el pan, un nido caliente, un poco de morfina y los resecos maderos del ataúd que me lleve a reposar.

Se lo pido a usted por Moyrón, por ese viejo y amado Moyrón, que es ahora como yo seré dentro de cuarenta años: cascarrabias, iracundo, y la vieja mano temblona tan apta para coger una pistola y morir por la libertad, como para acariciar a los cachorros de periodista fuerte que vayan surgiendo, y en los cuales uno se verá reproducido.

Lucas Quintanilla el elmo



HAY QUE AGARRARSE



EN el Ayuntamiento ya se está trabajando por el futuro alcalde. Son varios los candidatos a substituir al conde de Limpias. Convencidos de que para ser alcalde no son necesarias condiciones excepcionales, se disputan la primera vara varios de los ediles actuales y algunos de los que no lo son. Hasta ahora se hablaba únicamente del maurista Serrano Jover y del romanonista Nicoli. Luego apareció un tercer candidato: el democrata Díaz Agero.

El primero cuenta con los votos de sus correligionarios y con algunos de los alistas, que el sino de la izquierda liberal es ayudar en el Municipio a los reaccionarios, a los más encarnizados enemigos de la libertad. Nicoli cuenta con la protección del bloque — algún día explicaremos a los lectores de LA HORA esto del bloque — que preside el orondo García Revenga. Claro es que el más poderoso de los Garcías municipales no hace esto gratis, sino a cambio de la secretaría particular del alcalde, cargo pingüe si los hay. Díaz Agero se presenta solo, amparado en su buena estrella y confiado en que la división de fuerzas haga necesario transigir con un tercero en discordia.

Mas empieza a hablarse de que aspira a la concejalía García Molinas, que fué primer teniente de alcalde y no lo hizo mal. Hay, pues, un elijan.

* * *

Estaba en todo su apogeo juvenil la «generación del 98», hace ya varios lustros, cuando se pensó en construir un magnífico Matadero municipal, en substitución del viejo, destartalado y repugnante caserón en que hoy está instalado tan importante servicio.

Se calculó su coste, técnicamente, en ocho millones de pesetas, cantidad con la que se puede construir un nuevo monasterio del Escorial.

Pero ya van gastados once millones y medio, lo que aun no es suficiente.

Decimos esto, porque el otro día ha votado el Municipio 800.000 pesetas más, que no serán las últimas. Pues los técnicos calculan ahora que se tendrán que gastar hasta completar la cantidad de quince millones de pesetas. ¡Bonita suma! Eso sí; una vez terminado, Madrid tendrá un Matadero tan admirable, que para su sostenimiento será insuficiente el presupuesto municipal.

* * *

Por La Voz lo hemos sabido. Y como nuestra tirada es grande, queremos divulgarlo.

En la última sesión, por un casual, intentó abaratar algo el Ayuntamiento. No el pan, ni la carne, ni los tranvías, ni el alumbrado. Las tarifas de los automóviles, hoy únicamente accesibles a los miembros de la familia Urquijo.

Pero no prosperó el intento. La mayoría de los concejales no quiere cargar con la responsabilidad de abaratar nada. Ellos existen para amargarnos la vida, para hacérsela imposible a todos. Únicamente para esto.

La oposición no partió de ningún capitalista, de ningún consejero o abogado de la plutocracia. Si de un concejal socialista, el que, recordando que el automóvil es el vehículo de la burguesía — frase de Lerroux cuando carecía de auto —, quiso fastidiarla.

Aunque hay malintencionados que aseguran lo hizo teniendo en cuenta miras más interesadas, o sea su condición de dueño de automóviles de alquiler...

¡Los hay águilas! Aun entre los socialistas, que reconocemos son los que juegan más limpio en la Casa de la Villa.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

NOTAS DE LA LEGIÓN

UN CONOCIDO

No es de extrañar, como a mí me sucede a la sazón, tropezarse con un antiguo camarada en estas filas. A veces — ¡éramos

tantos! — transcurren muchos días y se riñen muchos combates sin que sepa uno con quién se reparte la Muerte o la Gloria. Tal vez por mi carácter taciturno y mi alejamiento del jolgorio de los vivacs, sea únicamente a mí a quien le sucede lo que digo; pero ello es que ayer tuve una sorpresa, una gratísima sorpresa, si es que en mi renunciación y en el presente de este andrajo de vida que arrastro pueden existir sorpresas y pueden ser gratas si existen.

Ello fué que mientras los *pipis* reconstruían las devastadas fortificaciones de Monte Arruit, y yo, con otros camaradas, panza al sol, imitábamos bastante bien la postura de los cadáveres abandonados en julio, unos moritos, inquietos como avispas, dieron en *paquearnos* desde la loma de un cerrillo abrupto y lejano. Los primeros *garbanzos*, tirados casi al tuntún, por disparar — de Beni-bu-lfrur debían ser los *paquetes* —, no nos preocuparon... Pero de pronto...

— ¡Ma caso an Cambó! — gruñó a mi vera un legionario.

— ¿Qué ha sido? — pregunté.

— Mira — dijo. Y me mostró su sombrero lindamente taladrado por una bala.

Me incorporaba aún para ver el *tunel*, cuando un choque violento en un costado me tiró contra la tierra, haciéndome dar una pirueta de circo... La bala, que me hizo añicos la cantimplora, se había estrellado contra el puño del machete.

— ¿Vamos por ellos? — dijo uno.

Dimos la respuesta quince o veinte saliendo a la carrera hacia los *pacos*, sorteando las *chufas*, aplastándonos contra la tierra, saltando de peñasco a peñasco, de hoyo a hoyo... Tirábamos y nos echábamos de bruces. Así coronamos un cerrito que dominaba el de las *avispas*. Abrimos un fuego rápido y certero. Eran unos quince moros. Se fueron seis y se llevaron tres. Los demás se quedaron allí con las *fusilas* entre las manazas crispadas por la agonía o por la sorpresa de la muerte.

Arreamos para ellos, porque no era cosa de dejarles los fusiles, sobre todo si estaban muertos, porque ya no les podían servir para nada... ¡Cristo, qué carrera! No parecía sino que nos disputábamos un campeonato... Llegamos al cerro donde estaban los *pacos* fiambres... Cada cual cayó al azar sobre uno de los abandonados fusiles. Yo vi brillar entre la chilaba de uno de los moros el cañón de un rifle ame-

ricano. Y caí sobre él... al mismo tiempo que también le agarraba la mano de otro legionario...

— Es mío — grité.

— Es mío — respondió.

Cogidos los dos al fusil nos miramos y miramos alrededor. Nuestros camaradas se alejaban ya hacia el campamento. No teníamos otro testigo que el despanzurrado corpachón del moro muerto...

— ¿Quieres? — dijo mi camarada echando mano a su machete.

— Bueno — respondí, sacando el mío.

Quedó el fusil en el suelo entre los dos. Nos separamos cuatro pasos, sin quitarnos la vista, pronto el machete, fuertemente sujeto en la diestra.

Nos clavamos una mirada, larga, intensa... Su mano y la mía fueron aflojando los dedos hasta dejar caer en tierra el machete. Perdió fiereza nuestra mirada y la boca, reciamente crispada, se nos abrió en una sonrisa.

— ¡Andrés Lobo!

— ¡Juan Ferragut!

— ¿Tú?

— ¿Tú?

Y nos unió un abrazo fraterno, cuando habíamos estado a punto de matarnos...

* * *

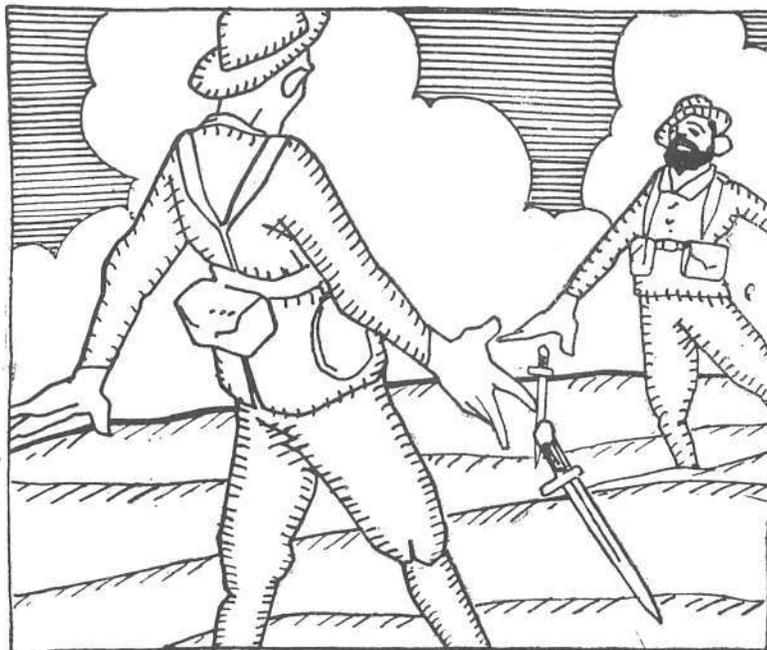
Juan Ferragut era un buen muchacho. Nos juntó el azar en la redacción de un semanario político y madrileño que *protegía* un político liberal de altura. Breve, pero intensa y triunfadora fué la vida de aquel periodiquito que Ferragut animó con su prosa cálida, toda pasión y vibración y arte, y que yo alegré con mis donaires madrileños. Nos dirigía un periodista magno, el novelista de moda, que sabía ser un buen director y un buen camarada. Pero a Ferragut no le podía dirigir nadie.

Le quitó la novia — Sarita —, gentil mecanógrafa, a un vejete pinturero, con más afeites que dueño rijoso. De ahí partió su ruina, aunque él la achaca a sus amores con la amante de un caudillo muerto en la reciente catástrofe rifeña.

Por respeto al recuerdo de aquellos amores, sobre los que batió el aleteo siniestro de la tragedia, me callo. Que revelarlo fuera como remover con un hierro aguzado y candente el corazón de Ferragut, de aquel mozo andaluz, pinturero, optimista y simpático que derramaba las galas de su ingenio por *cabarets* y *music-halls*, siempre galante y enamorado siempre; tanto, que por no hacer traición a su temperamento, acabó enamorándose de la Muerte.

Y, hasta hoy, es la única amante que le ha faltado a la cita.

ANDRÉS LOBO.



Guillermo Cases



¡A LA ORDEN DE USTED!

He aquí al famoso concertista, que se halla cumpliendo sus deberes militares en el regimiento de Toledo. A pesar de ello no permanece inactivo, y ya alegra las calles zamoranas la banda de su regimiento con las brillantes notas de algunos pasodobles originales del joven y notabilísimo compositor.

Lean ustedes en nuestro próximo número el artículo de «Pepe Conde» acerca de DOÑA AURORA JAUFFRET, «LA GOYA». Muy interesante.



GRANERO HACE UNA MALA FAENA

Como anunciábamos el pasado domingo, hoy damos a la publicidad un hecho sucedido en Valencia, y en el que ha representado uno de los papeles principales el popular diestro Manolo Granero, estupendo violinista, fenómeno taurino y continuador de las glorias de Joselito, al decir de unos cuantos mentecatos.

A mi Granero no me ha recordado a Joselito más que en dos cosas: en que llevaba de picador a *Farnesio* y de *providencia* a *Blanquet*. En lo demás, en nada.

Una vez dicho esto, vamos a dar principio al drama.

* * *

Todos sabéis que Granero llevaba en su cuadrilla a un peón, bueno y valiente, que se llama *Rosalito*. Este simpático muchacho mantenía relaciones amorosas con una linda señorita, buena y honrada. *Rosalito*, muy enamorado de la que más tarde quería hacer su esposa, habló de estos planes ante su «maestro», y éste, con frases de cariño alentó a su peón para que esta idea se llevase a efecto. Dijo Granero:

— *Cásate, y yo seré padrino de tu boda.*

Contento y dichoso comenzó *Rosalito* los preparativos de su próximo enlace, y cuando ya todo estaba preparado, habló a Manolito para recordarle su promesa de ser padrino.

Granero, el niño bien de la tauromaquia, el torero educado y amable olvidó su palabra, y se excusó de apadrinar al que se iba a casar y a quien él mismo le había aconsejado el enlace. (Primera porquería de Granero.)

A los pocos días terminó la temporada taurina, y el pollo espléndido recogió los kilométricos a los muchachos de su cuadrilla. (Segunda porquería.)

Rosalito, en vista de que su *matarratas* se había *rajado*, buscó un nuevo padrino, y lo halló en la persona de *Farnesio*, estupendo picador de toros, que no tiene más defecto que haber ido a las órdenes de Granero después de pertenecer a las del gran Joselito.

Se concertó el día del enlace, y camino de Sevilla marcharon contentos *Rosalito*, *Farnesio*, *David* y el *Aragonés*. (No creo del caso describir la boda, porque todos saben en qué consiste este acto, triste o alegre, según los resultados.)

* * *

El asombro de estos buenos muchachos no tuvo límites al enterarse de que habían dejado de pertenecer a la cuadrilla del regular torero y mala personita, Granero.

Acataron la orden.

Rosalito, en medio de la alegría de su luna de miel, tuvo un gran disgusto al enterarse de que sus compañeros habían sido despedi-

dos por asistir a su boda, y *Farnesio* por haberse atrevido a ser padrino de ella (según aseguró el tío de Granero).

Malhumorado, pero sereno y digno, buscó *Rosalito* al que tan mal pagaba los servicios de ellos recibidos, y cierta noche lo halló, acompañado de su tío, saliendo del teatro Martí, de Valencia, renombrado *music-hall* de la ciudad levantina.

Se acercó a ellos, y encarándose con Granerito, le dijo:

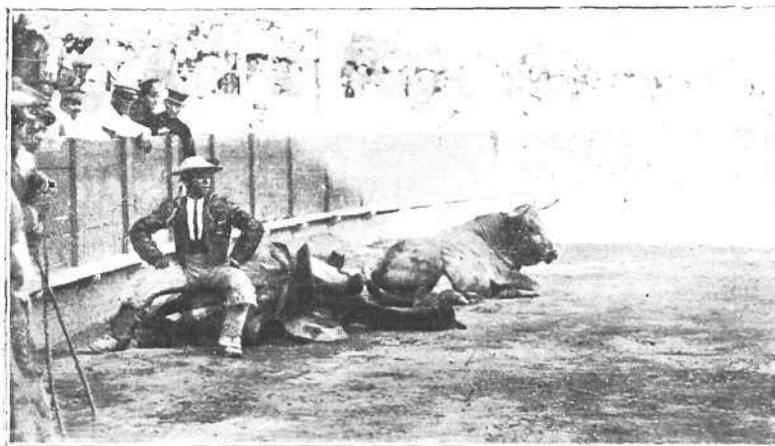
— No voy a hablarte de que me hayas despedido. Entre tú y yo no hay ningún compromiso que te obligue a llevarme siempre contigo. Lo que sí desearía que me aclarases es el despido de mis compañeros por haber asistido a mi boda, boda que tú me aconsejaste y a la que voluntariamente te ofreciste a apadrinar. Esto si que quisiera que me lo dijese.

Granero miró a su tío y dijo:

— Yo hago lo que me da la gana (aquí una frase grosera que no estampo por respeto a mis lectores).

Insistió *Rosalito*, y obtuvo por contestación las mismas palabras groseras y propias de un bárbaro sin educación ni chispa de cultura.

Irritado, fuera de sí, poseído de justa indignación, arrebató el buen peón un fuerte bastón que llevaba un amigo suyo que a cierta distancia aguardaba el final de aquella escena, y descargó palos y más palos sobre las cabezas de aquellos dos que tan gro-



PARA LOS ANTITAUROS

El sucio y maloliente Eugenio Noel, hombre que debe su escasa popularidad a su mal cuidada cabellera y a sus solapas llenas de grasa y mugre, malgastó su tiempo en llevar a cabo una campaña antitaurina, valiéndose del manoseado cliché del *pobrecito caballo que luce su mondongo ante los ávidos ojos de los téticos espectadores*. Noel no supo ni pudo hallar la parte molesta y falsa de los toros. Su cerebro estaba muerto bajo el peso de las grasosas guejeas, y solo supo decir vulgaridades y frases comunes. La adjunta fotografía perjudica a la fiesta taurina más que todas las conferencias dadas por Noel. Para vergüenza de los toreros y castigo de Noel, la publicamos.

seramente le trataban. La berroqueña testa del tío no sufrió ningún daño; pero la tierna *almendra* del ídolo de las multitudes se abrió, dejando escapar de entre sus cascotes un chorro de sangre, que tiñó de púrpura su rostro aniñado y barbilampiño.

Al verle así, recordaba la gente la tarde en que, en Madrid, con la cara llena de sangre, cortó una oreja tras haber realizado una buena brega.

* * *

Esta es, lectores, la mala faena llevada a cabo por Granero con los individuos de su cuadrilla.

No creáis que esto es un cuento, no; esto ha sido una realidad, callada por los que comen de los toreros y divulgada por un modesto escritor taurino que solamente se debe al público.

CHAVITO.

Lean ustedes en el próximo número de
LA HORA
un interesante artículo titulado

EL ETERNO PROBLEMA
EL JUEGO Y LA MENDICIDAD

CHIRIGOTAS SUELTAS

POR K. ASTRITO Y LÓPEZ RUBIO.

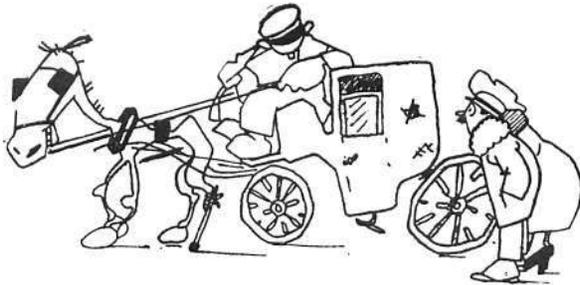
HAZ DE PACIENCIA DERROCHE, SI PIENSAS TOMAR UN COCHE

Al señor concejal delegado de Carruajes, con el mayor respeto.

HABÍAMOS quedado en que viajar en tranvía era tan práctico como ingerir bismuto para curar los sabañones, ¿no? Bueno; pues vamos a ver ahora la *comodidad* que proporciona el viaje en esos cajones desentablillados y malolientes denominados coches de punto.

* * *

El Excmo. Ayuntamiento que nos administra, o que hace como que nos administra, nombra esporádicamente un señor concejal



delegado de Carruajes. Este caballero — dicho sea sin ánimo de ofenderle — reúne casi siempre las características de los caballos de los coches de punto. Es decir, que apenas le nombran arranca con un brío enorme, traducido en revistas de carruajes, circulares, bandos, multas, etc. Poco a poco va perdiendo empuje — los malintencionados suponen conocer las causas —, y, al cabo de dos meses, su energía es nula, y los bandos, circulares, etc., no sirven para otra cosa que para el uso corriente de esa clase de papel.

Respecto de las mejoras que en el servicio de carruajes introducen los señores delegados y del estado actual de dicho servicio, lo mejor será, amigo lector, que nos acompañe usted a dar un paseo, y se convencerá prácticamente.

EL MITO DE LAS TARIFAS

Escribimos *mito*, y nos quedamos cortos. No es un *mito*, es un *mitón*. Vamos a verlo.

— ¡Eh, cochero, pare!... Suba usted... No, no, de ninguna manera; usted primero.

— ¿Dónde vamos?

— Mira la hora.

— ¡Ah! Pero ¿es por horas?

— Sí. Da la casualidad de que es por horas.

— ¿Vamos a estar mucho tiempo?

— Te diré. Eso depende de lo que tarden en despacharnos en el Ministerio de Hacienda.

— Podían ustés buscar otro coche, porque yo tengo que ir a echar de comer al animal...

— ¡Pero si son las nueve de la mañana!

— Sí; pero el animal está a régimen.

— Pues llévale a Valdelatas, en vez de engancharle.

— Bueno, bueno, suban. ¡Y ya podía usted traer un compañero más delgao, rediez!

— Para otra vez vendré con Casilda Vela, que tiene menos carne que un cuchillo de postre.

Así transcurren veintiocho minutos. Subimos al coche, nos acomodamos — es un decir — sobre el ex mullido asiento y examinamos el interior. Cojan ustedes una lata de sardinas, fórranla con

gutapercha de esa que se pega a los pantalones, abran a los costados unas ventanillas y unas portezuelas que cierren mal, fumiguen el vehículo con cualquier substancia maloliente, coloquen esta *carrocería* sobre unas ballestas menos muelles que un cerrojo, y tendrán una idea bastante aproximada del coche de punto.

A todo esto creerán ustedes que hemos arrancado. Pues no hemos arrancado, porque entre el caballo y el cochero se ha entablado una discusión *mímica*, por parte del animal, y *golpeada*, por parte del cochero, que es una delicia.

— ¡Arre, ladrón! — increpa el auriga, sacudiendo con el palo del látigo al pobre jamelgo, que ni se mueve —. ¡Maldito sea tu padre! ¡Arre, caballoooo...! ¡Miá, si te se saliesen las tripas! ¡Tira, bestia! ¡Pum! ¡Pum!

Se parte el palo, suda el cochero, arremolinase la gente...; pero el caballo, a lo sumo, se limita a torcer el cuello lanzando una mirada de olímpico desdén sobre el auriga. Nos apeamos.

— Bueno, déjalo. Le faltará gasolina — decimos —. Tomaremos otro coche.

— ¡Ca! O se esperan ustés, o me pagan la hora.

— ¿Qué hora?

— La del coche.

— Me parece que vas adelantado.

— ¡Bueno, bueno! Ustés *acoquinan*, y listo.

— ¡Pero si no te has movido!

— ¡Anda que no, y estoy sudando!

— Tú te habrás movido, pero el caballo...

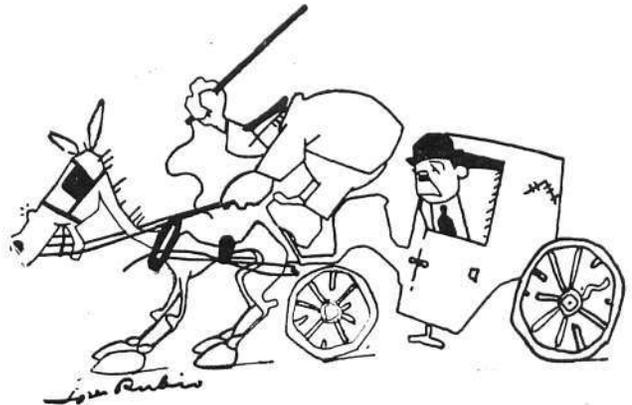
— Usté deje quieto al caballo.

— ¿Más todavía?

— Digo que eso a usté..., capicúa. Yo he bajao el alquila, y a mí *me se* paga una hora...

— Me parece que no.

— ¿Que no? ¡Me caso en la demarcación del Sopón! ¡A mí *me se* paga! ¡Maldita sea la Bosnia! ¡A mí *me se* paga, porque *me se* ha hecho bajar el alquila! ¡Me caso en la *Fuerza brutal*! ¡A mí *me se*...!



— A ver, ¿dónde hay un guardia? — pregunta alarmado nuestro ingenuo acompañante. Sonríe la gente; hasta el caballo nos mira con sorpresa... ¡Encontrar un guardia! ¡Valientes primos!

Y como no queda otro recurso, *sudamos* las tres pesetas de la hora por haber presenciado el numerito, y ahuecamos raudamente.

En los de punto se dan otros muchos casos, aun más pintorescos que este que acabamos de relatar, pero ni de tiempo ni de espacio disponemos para referirlos, lector. A guisa de consejo, si hemos de decirte que cuando lleves prisa vayas andando. Llegarás antes y con mejor humor adonde vayas.

LA HORA TEATRAL

UN ÉXITO Y UN FRACASO M. SECA O EL DIABLO EN EL PODER

Don Pedro M. Seca, el famoso ingenio que por tan deplorable ruta lleva el teatro español contemporáneo, ha fracasado nuevamente con el estreno de *Los planes del abuelo* en el teatro del Rey Alfonso. Este ha sido el fracaso.

Obtuvieron el éxito los buenos actores del Coliseo Imperial interpretando una quicisosa humorística que llevaba por título *Si fué Don Juan andaluz...* Bien escrita la obra y mejor interpretada por la excelente compañía de Fresno. Y... pasemos a las conquistas.

El Sr. Muñoz Seca, comprometiéndose el prestigio y la vida de una entidad por satisfacer una vengan-



Una escena de *Las perversas*, original de Muñoz y Lapena, estrenada con gran éxito en el teatro Cervantes.



Una escena de *Los planes del abuelo*, obra de M. Seca fracasada en el Rey Alfonso.

rrio, han sabido caminar sin ofender, sin molestar a nadie con insidias, ni con atropellos, ni con groserías. Y eso que han sabido hacerlo «los histriones», no acertó a realizarlo hombre tan culto, tan educado y tan ecuaníme como el ponderado autor de *El sinvergüenza en Palacio*.

Afortunadamente, los actores españoles saben de dónde parte la agresión y no harán responsable de ella sino a quien lo sea de verdad.

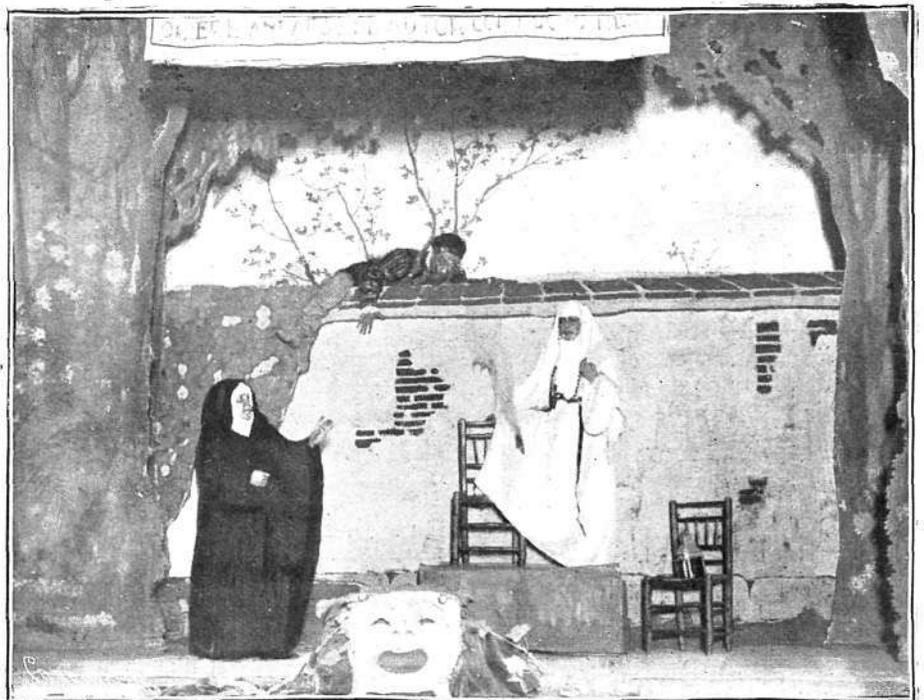
Retire en buen hora su repertorio el Sr. M. Seca, que al fin y a la postre es el ofendido y el ofensor, y con ello saldrán ganando, y no poco, el teatro español contemporáneo, el buen gusto y el sentido común.

Pero no comprometa a los autores!

TIRSO.

za personal, ha procedido indignamente. Provocara el mismo conflicto basándose en el atropello sufrido por otro autor y, aunque siempre exagerado e inoportuno, a todos nos tendría de su parte. Pero lo hace por orgullo personal, para saciar su apetito dominador de gran cadí de la farándula, y todos hemos de protestar, porque a todos nos perjudica y a todos nos veja.

Mal han hecho los autores españoles en dejarse arrastrar por el funesto autor de las astrakanadas al uso. Y peor harán en seguirle por esa peligrosa senda que camina. De vez en vez es más reprobable su actitud frente al digno y honesto Sindicato de Actores. Exagerados o no en su marcha social, los actores españoles, manchados aún los trajes por el polvo de los caminos, abollados los cascabeles y enmarañada la pelambre por el trotar constante de villorrio en villo-



Un momento de *Si fué Don Juan andaluz...*, éxito del Coliseo Imperial.

LA HORA INFANTIL

No se pueden hacer milagros con un estudiante

JUANITO Zaldivar era lo que se dice un buen chico. Era estudioso, y, más que esto, cumplidor exacto de todos sus deberes. No faltaba nunca a las clases. No había tacha que ponerle.

Dice un libro santo que el justo peca siete veces al día. Juanito, por lo visto, pasaba de justo, pues ni en obras ni aun por pensamientos tuvo nunca nada de que arrepentirse ni tuvieron nada que recriminarle.

Allá en el cielo era bastante conocido; sus buenas obras le daban carácter de meritorio de aquellas delicias; se hablaba allí de él, y los santos varones se preparaban para recibirle el día que

Dios tuviese a bien llamarle para sí, y entonar salmos gloriosos y gritar: ¡Hosanna!, ¡Hosanna!, a su paso triunfal.

Estudiaba Juanito uno de los primeros cursos de Medicina, ciencia que más se aproximaba a su temperamento,

les del prójimo.

por aquello de remediar los ma

En la Universidad le miraban raro, siempre solo y con los ojos ron versiones de que era un no trataban de tram conversación con él con el pretexto de una explicación no comprendida o pedirle un programa; pero quedaron defraudados. Juanito contestaba muy amablemente y satisfacía el deseo del compañero; pero no añadía nada más, y si en la conversación del otro mediaba alguna frase fuerte, bajaba la vista y se ponía rojo como las pastas de la Anatomía.

Con objeto de evitar los roces con sus perversos compañeros, utilizaba cierto tranvía que llegaba a la Universidad antes de empezar las clases.

Explicados estos antecedentes, entremos de lleno en el relato de esta verídica historia.

* * *

Una mañana de enero, como un buen sacerdote prolongase su plática más que de costumbre en la iglesia donde cotidianamente cumplía Juanito sus deberes religiosos antes de comenzar las tareas estudiantiles, el tranvía ya citado emprendió su marcha hacia el centro de la población. Cuando Juanito salió a la calle vió con terror cómo, ya lejos, sonaba el timbre del tranvía, avisando a algún transeunte en peligro.

¡Era espantoso! Sin duda alguna perdería aquella mañana la clase de Patología...

Para aquellos depravados estudiantes, que fumaban, decían palabrotas y llevaban en los bolsillos revistas eróticas, que comentaban con risotadas escandalosas, perder una clase no suponía nada. ¡Tantas perdían, encenagados en las cartas de una baraja o en los billares de las cercanías!

Pero para Juanito representaba un desequilibrio de sus metódicas costumbres. Por vez primera no cumplía uno de los deberes que la Providencia le señalaba... Con las lágrimas asomando a sus ojos y embozándose en la bufanda, emprendió a pie el camino por aquellas calles retiradas, abismado en un hondo desconsuelo.

Mientras sin esperanzas se dirigía nuestro hombre a la Universidad, en la que por vez primera su puesto había de quedar vacío, ocurrió algo anormal, insólito.

En las celestes regiones un Serafín vagaba por una nube contándose las plumas de su ala derecha, a falta de ocupación más transcendental, cuando Dios Padre, después de haber cambiado unas palabras con el resto de la Trinidad, le llamó para que comparciera ante su santa presencia.

El ángel acudió diligente. Dios Padre le habló de esta manera:

— Oye. Juanito no va a llegar hoy a clase...

— ¿Cómo es eso, Señor?

— ... El padre Garriguez, que se extendió un poco en su docta peroración. Y es el caso que Juanito debía ser preguntado hoy en clase, y como siervo mío que es, y muy amado, yo quiero evitarle una mala nota... ¿Tú te acuerdas de lo que hicimos con Isidro, que bajaste tú a la tierra a guiarle los bueyes mientras él oraba?

— Sí, Señor.

— Pues baja a la Tierra hoy a cumplir el deber que por mí no

ha cumplido Juanito. De paso, repásate la lección treinta y dos de Patología...

— Bien, Señor.

— ¡Vuela, hombre!...

Y el serafín obedeció.

* * *

Cuando Juanito llegó a clase ya salían sus compañeros. Al verle, el Serafín se esfumó. El mandato divino quedaba obedecido. El ángel, convenientemente disfrazado de Juanito, se había levantado a contestar y había estado ¡como los ángeles!

Las felicitaciones de los compañeros abrumaron al buen Juanito, que les miraba asombrado. ¿Sería una burla de aquellos malvados?

El catedrático salió de la clase. Todos se quitaron el sombrero, y él contestaba con otro saludo grave y serio, como conviene a personas de cierta respetabilidad social. Pero al saludo de Juanito contestó con otro afectuosísimo, al par que, con una sonrisa cariñosa, parecía decirle:

— Enhorabuena, pollo... Así se contesta.

Después volvieron a llover las felicitaciones:

— ¡Burr! chico!

— ¡Eres un hacha!

¿Un hacha? ¿Qué significaba todo aquello?

Hasta el bedel, pasándole por el hombro el brazo galoneado, le dijo:

— ¡Vaya un tío!...

— Pero... ¿qué he hecho yo? — decía angustiado.

Por lo que sacó en claro de las felicitaciones lo comprendió todo... En la cercana iglesia, a los pocos instantes, cayó de rodillas ante un cristo de talla, débilmente alumbrado por dos escuálidas velas de sebo...

— ¡Gracias! ¡Gracias, Señor!... ¡No merecía tanto!...

* * *

El tiempo corría. Llegaron los primeros calores. Surgieron en las esquinas los puestos de fresa y de horchata... En los claustros de la Universidad, un fuerte aroma de cucurbitáceas flotaba en el pesado ambiente...

En aquellos meses que mediaron desde el milagroso suceso hasta aquellos calurosos días de mayo, Juanito no había perdido ninguna clase. Había vuelto a cumplir sus deberes con rigurosa exactitud.

Dios, decía:

— Es bueno, buenísimo. Otro cualquiera se hubiera confiado y no hubiera puesto tanto celo en el cumplimiento de sus obligaciones. Es digno de mi predilección. Por él soy capaz de repetir el caso; es más, lo prometo.

La divina promesa resonaba aún en el Paraíso, cuando el Serafín ya conocido por nosotros llegó jadeante a la presencia de Dios.

— ¡Señor! ¡Señor!

— ¿Qué pasa?

— Vuestra Divina Majestad no se ha fijado en Juanito; en estos momentos duerme como un lirón.

— ¡Es verdad! ¿Y qué?

— Que hoy debe examinarse de sus asignaturas...

— Pero ¿lo sabe él?

— ¡Claro que lo sabe!

Pero se ha hecho el *longui* — dijo el ángel, recordando algunos de los términos oídos en su último viaje a la Tierra.

— Entonces... — dijo Dios —, lo he prometido... y mis promesas nunca quedaron incumplidas... Baja a la Tierra, hombre, haz el favor, y examínate de las asignaturas de Juanito..., y entérate si hay que llevarle las notas a casa..., que yo, por mi parte, no me dejaré engañar más y menos por un estudiante... ¡Qué mundo! ¡Qué mundo! Si bajara otra vez, serían capaces de volver a crucificarme... ¡Qué mundo! ¡Qué mundo!

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

Lea usted LA HORA todos los domingos.

ARDIDES DEL JUEGO SON



LA del Turo-Park es una de las timbas más pintorescas de Madrid. (Perdone la gerencia de dicho Turo que le denominemos timba; pero es que no hemos visto por allí otro espectáculo que el de la postura libre.)



Enclavado en uno de los barrios de mayor vecindad, no tiene ni el recato de ocultar su vicio a los ojos de los transeúntes. ¿He dicho a los transeúntes? Pues he dicho poco. Por la escasa altura de las ventanas del mencionado si que postinero garito, la otra noche advertimos que estaba mirando lo que ocurría dentro... ¿quién dirán ustedes? ¡¡Una pareja de la Guardia civil!!

¿Que si nos parece mal? ¡Ya lo creo! Como que la Guardia civil no debía estar fuera del Turo-Park, sino dentro... y amarrando a alguien.



Una nota lamentable.

Sobre la mesa de juego del Centro Buralgalés falleció hace unas noches un joven víctima de un ataque cardíaco.

Total: que entre Abd-el-Krim, el agua de Lozoya, los autos y las timbas van a acabar con media España.



- Ha visto usted el Casino de Autores?
- ¿Cómo dice usted?
- El Casino de Autores.
- He visto un Casino en la calle de Sevilla.
- ¡Pues el de Autores!...
- He visto en ese Casino al Sr. Nao...
- Bueno; pero...
- He visto también a los amigos del Sr. Nao...
- ¿Y no ha visto usted autores?
- No, señor. Los autores no han sido habidos.



- Liceo suena a cosa cultural, a cosa de enseñanza, ¿no?
- Exactamente.
- Entonces, ¿por qué se dice Liceo de América?
- ¡Ah! ¿Es que cree usted que en el Liceo de América no se enseña nada?
- ¡Hombre, tanto como nada!... Yo he visto a muchos señores enseñar el hígado de puro emocionados junto a la ruleta.
- ¡Pues ya ve usted si se enseña! Y se enseña más.
- ¿El qué?
- ¡La puerta a los que palman!



- Te espero en el Ideal Room.
- El Ideal Room, ¿no es un *cabaret* con gotas?
- Ese.
- Pues no me esperes allí.
- ¿Por qué?
- Porque allí no da un pase ni *Varelito*, porque allí no acierta una calle ni el inventor de la *Guía de Madrid*, y porque allí no asegura un cuadro ni Romero de Torres...
- ¡Hombre!
- ¡Nada! Te espero en el segundo ojo del puente de Segovia, tirándome un *cané* con cualquier *sportsman* de las Peñuelas. Es más higiénico...



- ¿Sabe usted que forman compañía de comedia Ana Siria y Manolo París?
- Amigo Jorge, me extraña mucho que en esta sección...
- ¿El qué? ¿Qué hable de teatros?
- ¡Naturalmente!
- Porque es usted más tonto que unos botines...
- ¡Si le doy a usted una bofetada, le voy a meter la cabeza en el bolsillo del revólver!
- Bofetadas va a haber; pero usted no va a ser el dador.
- ¿Por qué?
- Porque le voy a dar a usted en el cráneo.
- Si se viene usted a las buenas, no he dicho nada.
- Pues, por mí, lo dicho queda más retirado que el general Luque.
- Bueno. Pero ¿quiere usted explicarme por qué se ocupa en esta sección de *cabarets* y de *clubs*, de Ana Siria y de Manolo París?
- Muy sencillo, *so hipertrofiado*; ¡porque en esta sección precisamente es donde se debe hablar de... *París y Ana!*
- ¡...!
- (No se reparten esquelas.)



- 1. Señores gobernador civil y director de Orden público: con permiso. Ahí van dos preguntitas sin importancia.
- Primera. ¿Qué clase de espectáculo hay en el Turo-Park? Porque nosotros hemos estado allí, y sólo hemos visto la clásica timba y las no menos clásicas señoritas *ganchos*.
- Segunda. ¿Qué clase de espectáculo hay en el Ideal Room? Porque se encuentra en el mismo caso que el Turo-Park.
- Nada más que eso.

IDEAL ROSALES



- La otra noche nos abrió la puerta del Ideal Rosales... ¿quién dirán ustedes?
- ¡Un guardia urbano!
- No sabemos si estaría allí el alcalde o el delegado de Carruajes apuntándose unos *moscos*; pero lo de que nos abrió un guardia, es la fija. ¡Qué cosas se ven! ¡Le digo a usted, guardia!...

JORGE ROJO.

PROXIMAMENTE

podrán admirar las señoras la interesante exposición que la

CASA GRACIA

está instalando en sus magníficos salones de

GRAN VÍA, 18, 1.º IZQUIERDA

Pieles e Joyería e Calzados e Sombreros

Corsés e Confecciones e Perfumería

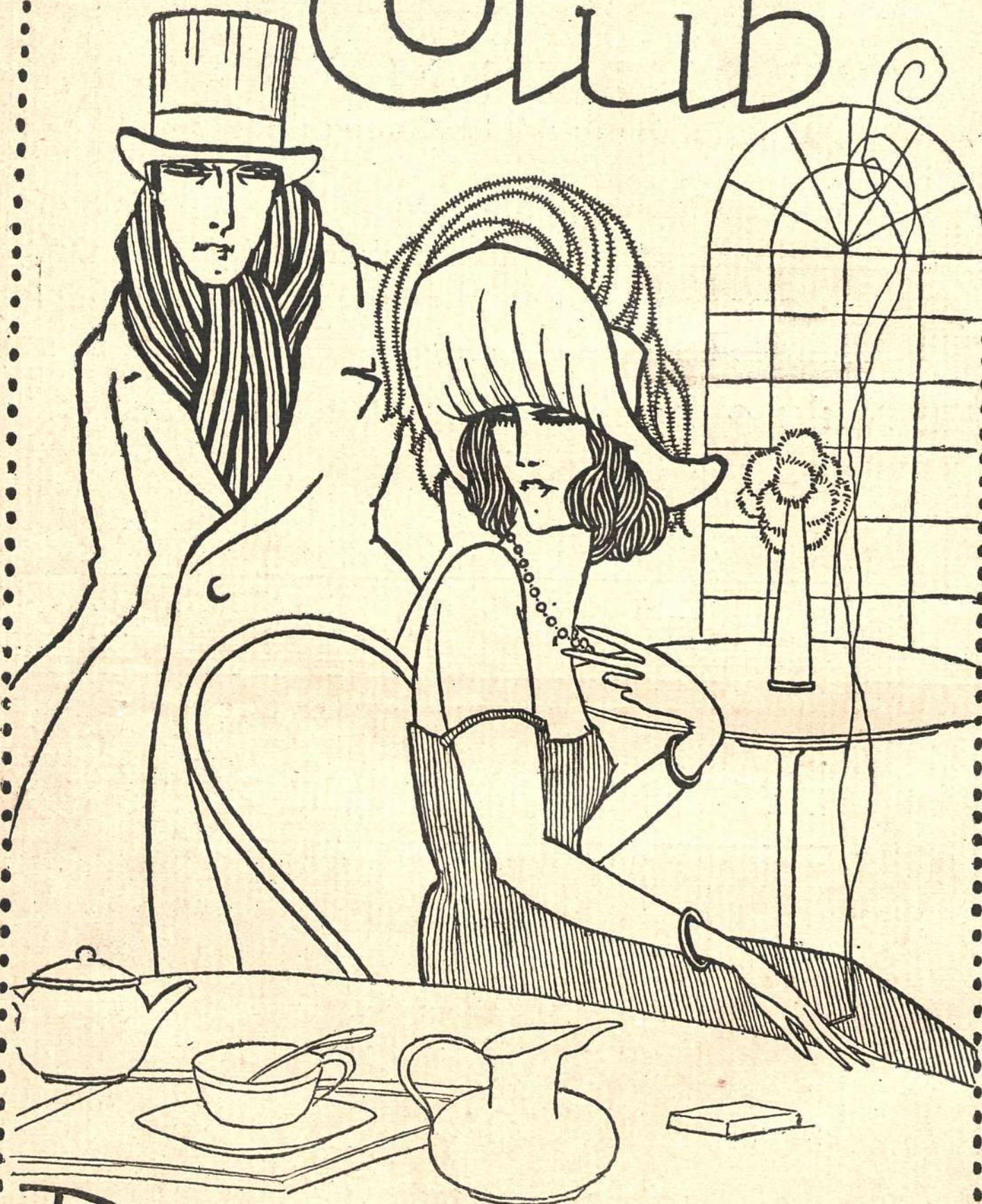
Siempre las últimas novedades en estos artículos

Precios de suscripción

		Pesetas.
Madrid...	Un trimestre.....	4
	Un semestre.....	7,50
	Un año.....	12
Provincias.	Un trimestre.....	4,50
	Un semestre.....	8,50
	Un año.....	14
Extranjero.	Un trimestre.....	5
	Un semestre.....	9
	Un año.....	15

J. Manó

Club



Parisiense